|  |
| --- |
| **¡No nos comunicamos!** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 05 / 2004 |
| Indiana Jones padre (Sean Connery) e Indiana Jones hijo (Harrison Ford) están en un cortísimo recreo entre 2 salvadas de pellejo, en un dirigible que los aleja de la Alemania Nazi. El inolvidable James Bond está enfrascado en la lectura del New York Times. El no menos inolvidable Hans Solo de la Guerra de las Galaxias, le increpa: “Papá, nunca nos comunicamos”. El primero, casi sin levantar la mirada, le dice: “¿Cómo que no?”. El segundo contesta, molesto: “para ti, soy menos importante que personas muertas hace 500 años” (Indi papá es arqueólogo). “Bueno”, retruca éste, bajando el periódico: “A ver, hablemos. ¿De qué quieres conversar?”. Aquél parece a punto de iniciar un largo discurso, luego hace unas morisquetas y, finalmente, murmurando, concluye con mirada de vencido: “No se me ocurre nada”. Antes de retomar su lectura –nunca dejó el periódico completamente- y con una sonrisa de 007, el viejo pregunta: “Entonces, ¿Por qué el reproche?”.  Ninguno de los lectores ha vivido las increíbles aventuras de los Jones, pero todos –como padres, hijos, miembros de una pareja - conocen el drama que contiene la conversación reseñada.   En la era de la comunicación, todos queremos decirnos cosas, ser conscientes de que nos las estamos diciendo. No cualquier cosa. Algo trascendente sobre la relación que nos une y el mundo interno de los participantes. ¡Los clientes acuden a la consulta, asustados por que no se comunican o ya no se comunican como antes!  Nuestra sensibilidad al paso del tiempo nos hace sentir terror de que los vínculos se interrumpan antes de haber dicho un “te quiero” o “valoro tal aspecto de ti”. Como nos hemos acostumbrado a desmenuzar los procesos, queremos darle valor añadido a nuestra interacción.  Pero el discurso sobre la comunicación no es lo mismo que la comunicación. Es más, cuando se convierte en ingrediente permanente de nuestros mensajes, interfiere con ella. Como cuando tratamos de pensar sobre nuestros movimientos al bailar.   Eso por un lado. Por el otro, la comunicación no tiene que ser solemne para ser importante. Lo es también cuando está hecha de silencios, miradas, gestos, palabras sencillas, presencias parcas, actividades conjuntas, bromas, palmadas, reflexiones espontáneas, ejemplos.  Por último, el mundo interno contiene elementos que no están hechos para ser compartidos, diferentes personas tienen distintos grados de facilidad para transmitir lo que tienen dentro y, sobre todo, entre personas que se quieren mucho, más aun si pertenecen a distintas generaciones, hay secretos inevitables y hasta recomendables.  Para volver a los Jones… el hijo también es arqueólogo. |